

---

HILDEGARDA DE BINGEN, *El libro de los merecimientos de la vida*, Introducción, traducción y notas de Azucena Adelina FRABOSCHI, Buenos Aires, Miño y Dávila editores, 2011, 448 pp.

---

El foco de interés orientado hacia la religiosa benedictina Hildegarda de Bingen (1098 – 1179) se ha intensificado a partir de su reciente nombramiento como Doctora de la Iglesia. En el polifacético quehacer de la abadesa renana —artista, teóloga, filósofa y mujer de ciencia—, se destaca su experiencia como visionaria. Esta facultad, que ocul-tó durante mucho tiempo, le fue otorgada desde la infancia; sin embargo, alrededor de los cuarenta años recibió la misión divina de volcar por escrito lo que contemplaba.

Con temores y sólo después del permiso papal, compuso tres grandes obras: la primera de ellas es *Conoce los caminos del Señor* —difundida comúnmente con su título en lengua original, *Scivias*—; diez años después finalizó *El libro de los merecimientos de la vida* (*Liber vitae meritorum*) —objeto de esta reseña— y años más tarde, *El libro de las obras divinas* (*Liber divinorum*

*operum*). En estos escritos, Hildegarda da a conocer con meticulosidad lo que la “Luz Viviente” —así nombra a la fuente de revelación—le manifiesta; luego explica lo que ve y oye. A diferencia de los otros dos trabajos, *El libro de los merecimientos de la vida* no está acompañado de representaciones pictóricas.

Al comienzo de la obra, Hildegarda describe a un Hombre de dimensiones monumentales, cuyos cabellos tocan el cielo y sus pies, el abismo. Hacia Él se acerca una nube tenebrosa, que surge de la boca de una serpiente, el demonio. En esas tinieblas se distinguen figuras de aspecto desagradable: los Vicios. En las cinco primeras secciones del texto, la mirada del Hombre —el Verbo encarnado—, apunta a una dirección del orbe, señalada por puntos cardinales. Seguidamente, aparecen los Vicios bajo la forma de monstruos grotescos, conformados por partes animales y miembros del cuerpo humano. Estos hablan sobre sus cualidades y sobre la justificación de su existencia; el tono de sus intervenciones es congruente con su traza. Como respuesta, cada uno recibe la increpación de la correspondiente Virtud contraria. A continuación de este pasaje dialógico, la visionaria in-

terpreta la apariencia y las palabras de los Vicios solamente –ya que lo que se refiere a las Virtudes está desarrollado en *Scivias*–. Hacia el final de cada sección se alza la voz de la “Ira de Dios”, que anuncia los justos castigos por las acciones pecaminosas. En la sexta y última parte, la visión refiere el Juicio Final y el triunfo del Bien.

El lenguaje empleado por Hildegarda hace uso de elementos simbólicos –recurso frecuente en el siglo XII– con llamativas descripciones que apelan a todos los sentidos. En el texto se descubre además la solidez de la composición y la cohesión con todo el corpus de la autora; tal como se aprecia, por ejemplo, en la organización de los Vicios y las Virtudes, que se corresponde con el libro visionario que lo antecede, el *Scivias*. También puede advertirse de qué manera la imaginiería del mundo natural –que deriva de una cosmovisión muy particular de la abadesa– atraviesa toda la obra. En el siguiente fragmento, la presentación de la Avaricia demuestra estas observaciones:

“La cuarta imagen aparecía con la figura de un hombre, excepto porque carecía de cabellos, tenía barba como de chivo, pu-

pilas pequeñas y el blanco de los ojos dilatado; con sus narices aspiró el viento y lo emitió con gran fuerza. Sus manos eran de hierro, las piernas sanguinolentas, y sus pies como los pies de un león. (...) Junto a ella había un árbol cuyas raíces se hundían en la *Ge-henna*, y cuyos frutos eran negros como la pez y sulfúreos. La imagen miraba este árbol con gran amor y, arrebatando con su boca un fruto, lo devoraba ávidamente. También rodeaban a la imagen muchos gusanos horribles que con sus colas producían mucho ruido y gran movimiento en las tinieblas, como los peces sacuden el agua con los golpes de sus colas.” (V, §8).

En esta edición, asimismo, resultan de notable valor la introducción y las notas a cargo de la especialista en temas hildegardianos, Azucena A. Fraboschi, quien ha llevado a cabo varias publicaciones en torno a la religiosa benedictina, como traducciones, estudios críticos y biografías. Además desde hace más de una década organiza las Jornadas Interdisciplinarias “Cono-

ciendo a Hildegarda. La abadesa de Bingen y su tiempo”. Gracias a esas referencias, el lector logra ahondar en la comprensión del lenguaje visionario.

En definitiva, *El libro de los merecimientos de la vida* genera una intensa impresión en quien se aboca a sus páginas. Es necesario determinado tiempo para asimilar las sentencias y reflexiones que elabora la autora; una lectura rápida llevaría seguramente a confusiones o a posibles malinterpre-

taciones. Por ello, cuando se encuentra el ritmo adecuado, se aprovecha al máximo la riqueza del texto. Y de esta manera, más allá de la apreciación estética del estilo literario o la densidad teológica y filosófica del contenido conceptual, nunca pasa inadvertido que se trata de una obra de carácter didáctico, que ayuda al hombre en el discernimiento de sus acciones.

MARÍA ESTHER ORTIZ